

permitido á los patronos imponer á las comunidades eclesiásticas que no les acomodaban.

Cuando el derecho de veto reclamado por las asambleas generales religiosas no fué reconocido á las comunas por los tribunales, y el parlamento también, se puso de lado de los patronos, los defensores de la libertad de la Iglesia,—*non intrusionists*,—se separaron de la Iglesia oficial, y fundaron con los subsidios que suministraba el pueblo escocés, una Iglesia libre presbiteriana.

El fiero carácter del demócrata Knox, sobrevivió en su Iglesia. El clero tan enérgico, y á su cabeza el general Chalmers, renunció á sus rentas y á sus presbiterios para no ponerse en desacuerdo con su conciencia, y protestó solemnemente contra la injuria hecha á la corona del Cristo por el poder de los hombres. Así no tardaron en reunirse millones por ese pueblo creyente en favor de su Iglesia nacional.

Había ganado mucho terreno un metodismo severo en el país de Vaud, y en los demás cantones franceses de Suiza, lo mismo en las clases superiores que en las inferiores en presencia de la tibieza religiosa de la Iglesia reconocida. Los partidarios de esa piedad metodista, muy detestable por el pueblo á causa de su orgullo, tenían por la noche reuniones edificantes que generalmente presidían eclesiásticos de la misma opinión que ellos.

Después de la victoria de los radicales en Lausana,—1845,—el pueblo amenazó y perturbó esas reuniones que el partido vencido ó de los aristócratas habían frecuentado; los pastores fueron adverti-

dos de que no tomaran en ellas parte, y su desobediencia fué castigada con la destitución.

Irritados ya por esa violencia hecha á su conciencia, muchos pastores se negaron á leer desde lo alto del púlpito el elogio de la constitución democrática que el gobierno les había ordenado, alegando que no podían obrar de tal manera sino por materias de religión. Citados en justicia por esa negativa, y condenados á la suspensión de un año, la mayor parte de entre ellos renunciaron á su cargo y á su retribución. Abandonados por la Iglesia protestante del exterior y por sus patronos reales, sin apoyo en la opinión pública, viéronse reducidos á vivir de auxilios extranjeros, y no pudieron continuar predicando su doctrina disidente más que en los conciliábulos de la nobleza. El gobierno, durante ese tiempo, estuvo ocupado en la tarea de proveer las vacantes.

Como en la América del Norte tenían la más completa libertad religiosa, allí se encontraron la mayor parte de las iglesias y de las sectas, y allí están todas ó en su mayor número. El Estado, desde el punto de vista constitucional, no se ocupa de Iglesia alguna y no manifiesta su carácter cristiano más que por una ley relativa á la santificación del domingo; y á todo individuo que crea en un solo Dios, le concede todos los derechos políticos. Cada comuna vive de su existencia propia; pero las comunas de la misma confesión tienden á reunirse en un grupo sinodal tan extenso como sea posible. En medio de esta vida de libertad, existe en América un clericalismo muy celoso, pues es poco más ó menos la sola manifestación moral de ese abigarrado pueblo.



CAPITULO VIII

MOVIMIENTO LITERARIO EN ALEMANIA

Tendencias aristocráticas y liberales en la literatura.—Boerne y Heine.—La joven Alemania.—Los poetas bajo la influencia de los problemas políticos y sociales de la época.—Los poetas de Austria.—Los literatos.



La literatura y en especial la poesía no pueden sustraerse á la influencia de las ideas que circulan y dominan en una época dada, y que obran con tanta mayor potencia sobre los contemporáneos cuanto más se identifican en las ideas reinantes. Toda forma literaria, sobre todo la poesía lírica, llevará, pues, el sello de su tiempo, y no puede apreciarse de una manera equitativa más que desde el punto de vista histórico.

Así la poesía de la Edad media quedó en el campo de la caballería y del amor; durante la Reforma y en el período siguiente, la literatura y la poesía sufrieron la influencia religiosa y clerical, y si la época clásica de la literatura alemana no puede basarse sobre un hecho histórico cualquiera, la causa se debe á la falta absoluta del hecho saliente ó de la idea primordial, la guerra que el espíritu alemán se esfuerza en llevar por medio de creaciones variadas y grandiosas en el campo de la inteligencia, de la fantasía y de la ciencia.

Todo eso cambió, cuando la Revolución francesa y el despotismo militar de Napoleón pusieron un término á una época de dulce beatitud y de rutina. La sociedad europea y sobre todo el pue-

blo alemán, se vieron perturbados en su calma y en su manera de vivir, y forzados á representar su papel en los grandes sucesos. La libertad y la política aparecieron en primer término, y el combate que, en su principio se libró con el enemigo del exterior, se transformó después de la victoria en lucha de opinión con el partido adversario del interior.

La santa Alianza que devolvió con la paz á la sociedad europea las antiguas condiciones de la Iglesia, del Estado y de la vida pública, no dió á la literatura alemana un período de satisfacción y de reconciliación; como en política, en literatura é igualmente en poesía, siguieron las inteligencias los caminos más diferentes, y un espíritu de partido, desconocido hasta entonces, se hizo sentir en todas las relaciones.

Dos opiniones literarias se manifestaron, una aristocrática conservadora, otra liberal, popular y reformadora.

Los románticos ó partidarios de la Edad media, concluyeron una alianza con los aristócratas y los gobiernos, y consideraron la literatura como la propiedad exclusiva de los nobles y de la gente ilustrada, procurando á la vez combatir el espíritu democrático que había salido de la revolución por la re-

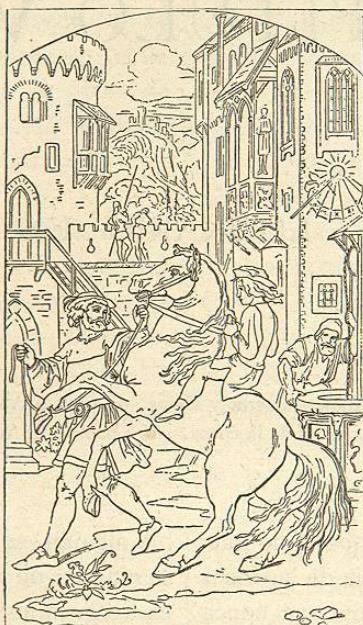
surrección de la religiosidad, de la poesía y del arte de la Edad media.

En sus manos la poesía tuvo un sello exclusivamente aristocrático, y si de un lado resultó que la poesía tomó un tono más elevado y escapó á una trivialidad que se hacía general, sucedió también de otra parte, que la mayoría de la nación se desinteresó de sus obras y se volvió del lado de los poetas que cantaban la vida real, la vida práctica, y se ocupaban de las tendencias y de los intereses del pueblo.

Cierto, estos tenían una suerte menos envidiable que los primeros; pues mientras los románticos te-

nían por ellos los favores de los príncipes y de los grandes, y apagaban su devorante sed en la copa de los goces, y olvidaban los combates y los sufrimientos de la patria alemana á fuerza de admirar todo lo que databa de la Edad media, y de cantar las alabanzas de Italia, ese país mágico del arte, los poetas de la libertad que pertenecían al partido del pueblo y reclamaban el cumplimiento de las promesas hechas en los días de peligro, estaban expuestos á todas las amarguras, al desdén y á las persecuciones.

Nada, pues, tiene de extraño que muchos de ellos que en un principio habían servido la libertad



La lección de equitación, de Schwindt

y el progreso, cambiaran muy pronto de rumbo, y como Goerres, etc., se pusieran del lado opuesto que prometía los más bellos beneficios. Un corto número, empero, se mantuvo y turbó los salmos y las odas de los conservadores con sus disonancias liberales; entre ellos precisa contar Luis Uhland, una voz clara en tiempo sombrío, y Mauricio Arndt, quien, perseguido delante de los tribunales y privado de su empleo, conservó, empero, su fe en la unidad futura de Alemania.

El conde Platen-Hallermünde,—1796-1825,—tan justamente estimado por su forma lírica,—las gacelas, las canciones, las odas, los sonetos,—tan feliz en sus comedias satíricas y en su poema épico—*Los Abasidas*,—celebró los principios del liberalismo político, aun cuando las discordias civiles le hubieran expulsado de su patria.

Con Schiller y Körner, que eran los autores favo-

ritos del pueblo, y á pesar de todos los esfuerzos de los románticos y de sus sucesores, entre los cuales se encontraban personas de sangre real, como el rey Luis de Baviera y el príncipe Juan de Sajonia, y hombres de Estado eminentes como el ministro de Estado de Baviera, de Schenk y el barón austriaco Münch-Bellinghausen,—conocido con el seudónimo de Federico Halm,—no pudieron arrinconar á los cantores de la libertad con sus obras poéticas de una elegancia de todo punto aristocrática.

Cuanto más los románticos llevados de su mal humor rebajaban el mérito y talento de Schiller, tanto más el pueblo se unía á él y á sus discípulos. El sentimiento popular se elevó y se purificó en las ideas de libertad, de amor de la patria y de dignidad humana, expresadas en las obras de Schiller con entusiasmo é inspiración, pero quedó indiferente para la glorificación romántica de un mun-

do pasado, de una caballería desaparecida y de una religión del arte evaporada. La perfección artística de un Goethe hasta fué colocada detrás de la poesía sentimental y liberal de un Schiller.

El rey Luis de Baviera,—1786-1868,—príncipe muy entusiasta por las artes, dejó tres tomos de *poesías líricas*, y una obra escrita en viejo estilo alemán, *Los compañeros del Walhalla*, cortas biografías de hombres célebres, cuyos bustos fueron colocados por el rey en su espléndido palacio del Walhalla no lejos de Ratisbona.

El príncipe Juan de Sajonia,—1801-1873,—rey de Sajonia en 1854, se ocupó sobre todo de literatura italiana. Dió una prueba de la extensión y de la profundidad de sus estudios, haciendo parecer bajo el nombre de Filalete, una traducción métrica

de la *Divina Comedia* del Dante, con un comentario crítico é histórico. Su hermana mayor,—1794-1870,—se dió á conocer en el mundo literario bajo el nombre de Amelia Heiter, por un gran número de comedias; *El día de la consagración*, *La novia del príncipe*, *El anillo de los prometidos*, *El segundo padre*, *El derecho de primogenitura*, etc. El rey de Sajonia, Federico Augusto, murió en 1854, habiendo publicado varias obras sobre botánica.

Eduardo de Schenk,—1788-1841,—nació en Düsseldorf, se convirtió en 1817 al catolicismo; en 1828 fué consejero de Estado en Baviera, después ministro del Interior; fué el autor de la ley de previa censura y uno de los más celosos partidarios del ultramontanismo. Entre sus obras líricas y dramáticas, *Enriqueta de Inglaterra*, *El sueño del emperador*



Cuadro de Hess en la Basílica de Munich

Luis, Alberto Durero, *Bethulia*: su tragedia *Belisario*, que contiene algunas escenas conmovedoras tomadas del *Edipo en Colona* de Sofocles, fué elogiada de un modo desmesurado. Después de 1834 publicó un Almanaque, *Charitas*, en el cual insertaba sus inspiraciones poéticas.

Francisco José de Munch-Beltingshausen,—1806-1871,—más conocido con el seudónimo de Federico Halm, nació en Cracovia. Su drama *Griseldis*, representado por la primera vez en 1834, tuvo un éxito tal, que nadie se apercibió de los defectos de la obra; después de ese triunfo, el drama romántico *El hijo del desierto*, y la tan célebre tragedia patriótica *El gladiador de Ravena*, del cual un maestro, bávaro, Francisco Bacherl, le contestó la paternidad, todavía encontraron eco, pero no se prestó más que mediana atención á sus otras producciones dramáticas y líricas, *El adepto*, *Camoëns*, *Imelda Lambertazzi*, y á sus trabajos sobre ciertas obras de Lope de Vega y de Shakespeare. Al igual de Calderón, Halm dió al drama un carácter lírico que á menudo degeneraba en sentimentalismo. «Era maestro en el arte de pintar los sentimientos líricos; con claridad y colorido, sabía expresar los diferentes

estados del alma, los sentimientos más profundos y las varias transformaciones de una vida interior fecunda.»

Pero por la revolución de Julio, la aristocracia en el Estado y en la literatura, vió perturbada su tranquilidad y amenazados sus privilegios; si la política consiguió mantener en pié los antiguos errores y las fórmulas habituales, ó por lo menos supo restablecerlas, en literatura el espíritu liberal quedó dueño del terreno; hasta hacía progresos todos los días, y al desenvolverse adquiría atrevimiento y fuerza. La poesía romántica no fué muy pronto más que un recuerdo histórico; no se había ocupado del pueblo; no tuvo, pues, motivo para quejarse si le volvió las espaldas. Su aparición había sido su florecimiento efímero, un fruto persistente. Por lo contrario, los productos de la literatura de la oposición política y de la democracia se afirmaron tanto por su nombre como por su vigor; ante todo el liberalismo no procedió más que con moderación y reserva, luego, poco á poco, alentado por el apoyo del pueblo, al cual los funcionarios y la policía le eran odiosos, con una audacia creciente y una violencia destructiva, de tal manera, que muy pronto el radicalismo

se convirtió en dueño de la plaza, no contentándose con una oposición política, sino combatiendo todo lo que estaba constituido en el Estado y en la Iglesia, amenazando disolver el orden social.

Los protagonistas de esa literatura disolvente encontrábase sobre todo entre los hombres llenos de talento de origen judío. Ellos buscaban la manera de vengar la nación israelita de todas las persecuciones, de todas las humillaciones, de todas las injusticias, etc., etc., á las cuales había estado expuesta durante tanto tiempo en Alemania, derribando el estado de cosas establecido y arruinando las instituciones vigentes, por medio del sarcasmo y de la sátira. Extranjeros en el país en que habían nacido, por su falta, lo mismo que por falta de otros; era para ellos un sentimiento desconocido el del amor de la patria; para la religión y la Iglesia, de lo cual nunca comprendieron el alcance y el valor; no tenían ni respeto ni amor y cómo podían estimar costumbres y usos según los cuales eran ellos siempre tratados como parias?

En su corazón un deísmo filosófico había reemplazado la superstición religiosa de sus padres, y recuerdo alguno de su juventud venía á suplicar en favor de lo existente. Poco faltó para que los escritores judíos, guiados por ese instinto de su nación por todo lo que produce, conviene y practica, no tomaran el primer puesto entre los demoleedores literarios.

Luis Boerne,—1784-1837,—se reveló en sus escritos periódicos, *Las alas del tiempo*, *La balanza*, lo mismo que en sus *Cartas de París*, como un defensor de la libertad, más bien dotado de un gran talento de estilo, de una gran flexibilidad de lenguaje y de un buen espíritu crítico, que no alimentado por los principios democráticos. En sus obras satíricas, la amargura de un amor propio lastimado y de un mérito desconocido, se dejan francamente entrever.

Enrique Heine,—1799-1856,—cuya naturaleza poética tan ricamente dotada, sabía con encanto y ternura traducir todos los sentimientos y todos los movimientos del corazón, y que, como nadie, desde Goethe, tenía el talento «de hacer del lenguaje de la naturaleza el eco del corazón humano,» había por su ligereza y sus implacables burlas comprometido, después de la Revolución de Julio, la notoriedad y la reputación que se había adquirido con sus *Reisebilder*.—Escenas de viaje,—su libro de *Canciones* y otras obras poéticas.

Aturdido, arrogante y sin piedad, lo hizo todo objeto de su desprecio y de sus censuras; menos-

preció la religión, no respetó ni la amistad, ni la abnegación, como lo prueba su libro sobre Boerne, y dirigió todos sus dardos lo mismo contra lo que era elevado y sagrado, como contra lo que era vil y común. El veneno de sus obras es tanto más peligroso cuanto más se oculta bajo una forma agradable, bajo un estilo vivo y lleno de imágenes, mezclándose con un sentimentalismo y una sensibilidad muy de moda en esa época de lascitud.

Entre las mencionadas obras de su segundo período, las más conocidas son: *El salón*, *Lutecia*, y sus *Poesías nuevas*. En su espiritual fantasía, *La Alemania*, *Cuento de invierno*, se encuentra mezclado á propósito de su viaje de París á Hamburg, una descripción satírica de ciertas situaciones alemanas.

Quebrantado por sufrimientos físicos, Heine más tarde volvió de nuevo á la religión, y en un epílogo á su más reciente obra, *El romancero*, habló del regreso del hijo pródigo, que «había guardado los puercos con los Hegelianos,» y de su conversión á la fe del Dios personal «que tenía brazos para socorrer.» Más en su boca «la misma plegaria se convertía en blasfemia.»

Heine es la prueba viva de que, sin la austeridad de las costumbres, sin la pureza de los pensamientos, ninguna obra poética, cualquiera que sea su nervio, puede alcanzar una perfección absoluta, y que la grandeza artística si ha de llegar á la cúspide, ha de tener su base en la grandeza humana. Era «una estrella en medio de las nieblas, que gustaba atraer á su alrededor vapores envenenados á través de los cuales sabía algunas veces hacer resplandecer triunfalmente sus radios, pero detrás de los cuales también consentía en ocultarse.»

Designóse bajo el nombre de *Joven Alemania*, una falange de escritores hábiles que eligieron la carrera de literatos independientes y que subvenían á las necesidades de su existencia con el producto de sus numerosos trabajos. Preferían á la erudición y á la profundidad, un talento fácil y artístico; así llevaban todas sus preocupaciones sobre la pureza del estilo, sobre lo pintoresco y la vivacidad de la exposición y sobre la perfección de la forma. Proprietarios ó colaboradores de revistas políticas y literarias, cuya influencia y autoridad sobre la opinión pública y sobre el juicio de los lectores superficiales aumentaban de día en día, sabían llamar constantemente la atención de la multitud sobre sus personas y sus obras, y formar un gusto al cual convenían sus ligeros productos, apenas bosquejados, y en los cuales demasiado á menudo la mediocridad y la banalidad de la concepción se ocultaban bajo una apa-

riencia espiritual y picante. La gran extensión que tomó el comercio de librería y el número creciente de los lectores, facilitaron su empresa.

Puede citarse como jefe de esa joven escuela alemana, Carlos Gutzkow, espíritu ligero y de una gran potencia de asimilación, de un talento variado, de un espíritu de observación muy fino: pero que no dejaba siempre á los frutos de su joven imaginación el tiempo necesario para madurar. Pero luego que hubo adquirido una cierta notoriedad por medio de una serie de artículos críticos, satíricos y artísticos, en algunas revistas, hubo de ir á la cárcel por una pequeña novela que no tenía valor alguno literario, *Wally*, pero que contenía diferentes ataques contra la religión, las costumbres cristianas y el matrimonio. Fueron principalmente las denuncias de Wolfgang Menzel, el que redactó durante tantos años el diario artístico y literario de Stuttgart, y con quien, sin embargo, estaba Gutzkow en relaciones de amistad, las que produjeron la condena. De aquí el origen de un rencor y de un odio implacable entre los dos escritores.

Luego, cuando Gutzkow se hubo conquistado un puesto entre las notabilidades literarias de Alemania por medio de una serie de novelas y de romances, *Serafina*, *Blasadow y sus hijos*, etc., por sus artículos satíricos y críticos en el diario que él redactaba, *El Telégrafo*, y en fin, por otros trabajos sobre materias diversas, se dedicó con ardor al teatro y á la poesía dramática, y obtuvo un gran éxito, á pesar de su marcada tendencia de correr tras del efecto, aun cuando fuera algunas veces preciso prescindir de las reglas de la verosimilitud: *Nerón*, *el Rey Saul*, *Ricardo Savage*, *Patkul*, *Peluca y espada*, *el Prototipo de Tartuffe*, *Uriel*, *Acosta*, etc., etc. Esas producciones multiplicadas, lo mismo que sus *Cartas de París*, sus novelas consagradas á las cuestiones y á las tendencias del día, *Los Caballeros del espíritu* y *el Mágico de Roma*, su revista hebdomadaria, publicada desde 1863, por Carlos Frenzl, *Conversaciones del hogar doméstico*, prueban su actividad infatigable, la movilidad de su espíritu, su talento de invención, su facultad en la ordenanza del asunto y su aptitud de pintar los caracteres; pero también descubren que tenían de su propio valor un sentimiento muy desarrollado. Esclavo de la trivialidad reinante, muy á menudo no ha creado más que héroes del día, sin carácter ni temperamento y sin grandeza moral. Todos están tomados «de la palidez del pensamiento.»

Al lado de Gutzkow, los principales representantes de ese grupo que, por vías diversas persiguieron

el mismo fin, estaban Teodoro Mundt, Gustavo Kühne, Enrique Lahue, Ladolf Wiembarg, etc. Puedense igualmente citar entre ellos Roberto Heller, célebre por sus novelas y por su obra, *Los Retratos de la iglesia de San Pablo*, y Ernesto Rossak, un humorista lleno de ingenio y de sal que, después de haber encontrado los lados serios de la vida en sus contradicciones las más burlescas, sabía poetizar los unos como los otros.

Tentativas de reformas políticas y sociales sin fin claramente definido, y tales como el espíritu de oposición las entendía, glorificación de la materia y satisfacción de los instintos como convenía á una raza sensual y voluptuosa, lucha contra el cristianismo y contra las costumbres puras por medio de fórmulas filosóficas vagas y de ideas humanitarias enervantes, como lo reclamaban imperiosamente una juventud descuidada, hé aquí el carácter común á las obras literarias de esos escritores mejor ó peor dotados.

Deseos siempre de aparecer delante del público con las nuevas producciones, hubieron de ensayarse en todos los géneros de la literatura, esforzándose sobre todo en procurar á sus lectores una agradable distracción. Es por esto que daban tanto precio á la forma, á la elegancia del estilo y á la facilidad de exposición, mientras que la solidez del fondo, el estudio severo y profundo les importaba muy poco.

Depositaban sus ideas, sus juicios, sus críticas y sus descripciones picantes en los escritos periódicos, en los diarios alegres, en los almanaques, en los romances y novelas, en las correspondencias é impresiones de viaje, cuyo número aumentaba al infinito con la creciente manía de recorrer el mundo. Atraídos más bien por la vida práctica que por la ciencia, tomaban de preferencia por punto de partido de su productividad literaria el presente ó el pasado apenas desvanecido, y presentaban á sus lectores, á la actividad intelectual, las cuestiones políticas, sociales y religiosas del día bajo un aspecto del todo particular y del todo subjetivo. Las pesquisas que ciertos gobiernos emprendieron contra la joven Alemania porque ponía en peligro la religión, las costumbres sociales y el orden social, fueron impotentes para contener la propagación de sus obras.

Wolfgang Menzel, nació en 1798 en Waldenburg, en Silesia, tomó parte en la campaña de 1815; después de haber acabado sus estudios, desempeñó las funciones de maestro en Aarau. Marchó empero muy pronto á Stuttgart, en donde entró en relaciones con Cotta, y como Boerne se distinguió por su celo en combatir á Goethe.